

## CIENCIAS EMPÍRICAS Y HUMANIDADES EN LA EDUCACIÓN SUPERIOR<sup>1</sup>

Henning, Jensen P<sup>\*</sup>

La crisis de la universidad, que no se debe solo a limitaciones presupuestarias, hace surgir, una y otra vez, la disputa acerca de la relación entre ciencia y humanismo, ahora de nuevo desatada en torno a los Estudios Generales. La cíclica aparición del debate sugiere la existencia de un tema irresuelto, o bien la vigencia de opciones fácticas que no resultan aceptables. Más que una crisis universitaria, en el fondo de todo el asunto parece arder una crisis de la sociedad entera, de la cultura. En términos que ya tienen poco uso y que despiertan suspicacia, podríamos aún hablar de una crisis de civilización.

En cualquier caso, en lo que nos ocupa, de lo que se trata es de la idea misma de universidad, cuya concepción humanista parece ahora interesar menos al todo social. Preguntarse acerca de la relación entre educación y humanismo, entre ciencias empírico-analíticas y humanidades, puede asemejarse a un gesto anacrónico, en virtud de que – como bien sabemos- las transformaciones estructurales y funcionales de la ciencia han tenido como consecuencia su desacoplamiento de las humanidades y de las ciencias sociales no positivistas.

No se debe a la casualidad que en Costa Rica, al igual que en muchos otros países, exista un Ministerio de Ciencia y Tecnología con escasa o ninguna articulación con el Ministerio de Cultura o el Ministerio de Educación. Tampoco es función del azar que el Plan Nacional de Desarrollo Científico, que está por presentar el Ministerio de Ciencias y Tecnología, no haga mención alguna, en un borrador preliminar, ni siquiera en nota al pie de página, de las ciencias sociales ni de las ciencias de la cultura. Nada de ello se debe al azar, sino al concepto, a la estructura y a la función cognoscitiva y social de la ciencia, tal y como ella se ha desarrollado desde la decadencia de las grandes filosofías, y que ha logrado posteriormente una suerte de monopolio que desafía a la formación humanista y cultural.

El concepto moderno de ciencia no corresponde, más bien se contrapone, a aquello que otrora se pensaba con esa palabra. El control metódico y generalizado, la intersubjetividad de todos los enunciados, incluso la precisión lógica de los argumentos, han conducido a formas específicas y particulares de expresión, concreción y

---

<sup>1</sup> Ponencia presentada en la Escuela de Estudios Generales, dos de mayo de 1995.

<sup>\*</sup> Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica.

organización del conocimiento humano. Pero la espontaneidad, la imaginación, la libertad frente a la cosa, ¿son acaso ellas también ciencia?; ¿es acaso científico el conocimiento intuitivo, aunque éste sea válido?. El conocimiento científico es solo un caso particular, un subconjunto del saber posible.

No existe duda de que el pensamiento metódico, sedimentado en la expresión moderna de las ciencias empíricas, ha contribuido enormemente a ampliar el horizonte de nuestro conocimiento, y ello ha redundado en nuestro mayor bienestar. Pero igualmente cierto es que, por lo menos desde Auschwitz e Hiroshima, tenemos ahora un entendimiento de la ciencia que nos impide cultivar una imagen ingenua de ella misma y del progreso que ha hecho posible. Más bien se nos impone como indudable el pensamiento admonitor de Walter Benjamín sobre las ambivalencias del progreso; a saber, de que en todo avance de la civilización se esconde también un acto de barbarie. En todo esto poco ayuda el falaz argumento de que una cosa es la ciencia en sentido estricto y otra, la utilización que de ella hagamos los seres humanos. Argumento que no es sustentable epistemológicamente, que ya nada tiene que ver con el sentido clásico de teoría, sino que corresponde, por el contrario, a la objetividad de la validez de enunciados que es posibilitada por la limitación a un interés cognoscitivo de naturaleza técnica.

Pero también las ciencias de la cultura, aquellas que antes llamaban las ciencias del espíritu, se han avenido furtivamente con los modos de pensar positivistas, aún cuando de ellos se distancian. Y en este proceso de subordinación a los modos de pensar propios de una conciencia cosificada, han hecho de la cultura un fetiche, de manera que a las ciencias de la cultura cabe preguntarles si logran aquella formación humanista que, por los temas y la tradición, debería todavía estar viva en ellas.

En vista de que vivimos en una cultura científica y tecnológica -con las limitaciones apuntadas-, pretendemos encontrar en las humanidades una función correctiva, y a ellas deseamos atribuir un propósito compensatorio de lo que en las ciencias empíricas ha llegado a latir con debilidad: la orientación hacia una existencia ética. Pero en esta relación de complementariedad, a las humanidades, a las ciencias de la cultura, las confinamos con facilidad extrema a la función restringida de ser trasmisoras de mera información. Degradamos a las ciencias de la cultura a ser ciencias narrativas. El discurso actual dice que ocuparse de ellas, en una época en que, de las instituciones de educación superior, se exige la mejor contribución a la performatividad del sistema social, sería dedicarles un tiempo que solo habría de existir para acrecentar capacidades competitivas. Como lo expresa Lyotard -solo que él lo hace de manera afirmativa-, "... las universidades y las instituciones de enseñanza superior son de ahora en adelante solicitadas para que fuercen sus competencias, y no sus ideas." En todo ello podemos

constatar el espíritu de los tiempos; pero el espíritu de los tiempos actuales no es necesariamente el mejor de los espíritus. De actuar así, olvidaríamos algo sustancial que el mismo concepto moderno de ciencia nos ha enseñado: que la cultura científica es una cultura autorreflexiva.

Las preferencias contra la formación humanista, que en la educación superior privada han conducido a su eliminación, deben ser ubicadas sociológicamente. Por un lado, los fines de la enseñanza universitaria tienden a convertirse en fines funcionales, abandonando así la pretensión tradicional -que en nuestro Estatuto Orgánico es explícita- de articularse en el propósito solidario y común de lograr la emancipación de nuestra nación y de nuestro pueblo. Esto no es mera retórica, ni constituye propósito exclusivo de la institución universitaria; es parte del proyecto inacabado de la modernidad. Modernidad que, sin embargo, ha gestado fuerzas en su contra; fuerzas que conducen a la colonización total de todas las esferas sociales. bajo el signo de una cultura pragmática que demanda el cumplimiento de las funciones que requieren las instituciones sociales. Por otro lado, dentro de este proceso, que Lafevre ha denominado "la socialización de la sociedad", tenemos, no en última instancia, la tradición del egoísmo burgués, que hoy encuentra su menos altruista expresión en la cultura del "management", la preeminencia del mercado y la frívola estética del consumismo. Todo ello ejemplo claro de la más consumada desesperación, de la resignación más profunda.

Al desear forzar una relación de complementariedad entre las ciencias empíricas y las humanidades, atribuyéndole a éstas el potencial de corregir la indiferencia de aquéllas frente a las consecuencias de su práctica, asumirían las ciencias de la cultura funciones compensatorias y, desde ese lugar, se profundizaría su dependencia de las ciencias empíricas.

La falsa autointelección de las ciencias empíricas, la cual no les permite que descubran en el plexo social el origen de sus transformaciones estructurales, funcionales y cognoscitivas, debe corregirse, no mediante la mera difamación, ya que por todo ello firma como responsable el curso de la sociedad, sino por el despliegue de otras condiciones de racionalidad, diferentes a aquellas que se han apoderado de las ciencias empírico-analíticas y de la tecnología.

En virtud del desacoplamiento -ya mencionado- entre ciencias empíricas y ciencias de la cultura (desacoplamiento cuyo origen es social), pareciera que el despliegue de este otro tipo de racionalidad debería ser dominio exclusivo de las humanidades. Pero, de ser así, solo se reproduciría un viejo dualismo, según el cual las ciencias empíricas se ocupan de cosas y las ciencias de la cultura, del sentido. Según mi parecer, se trata más

bien de crear -o de recuperar- un terreno, en el que pueda cumplirse aquella aspiración que e] conocimiento científico moderno también ayudó a gestar, pero de la cual se ha distanciado: como ya lo he dicho, la aspiración a construir una cultura autorreflexiva.

Dentro del contexto de la política científica y de la organización concreta de las instituciones académicas, considero que es imposible construir ese lugar, si el espacio ocupado por las ciencias de la cultura deja de ser autónomo, y si las convertimos en doncellas de las ciencias que ahora tienen mayor lustre. Pero creo que hay aún más: transformaríamos un proyecto de universidad, el cual se encuentra íntimamente engranado con un proyecto de nación, de cuya pérdida de vigencia no he logrado convencerme.

En virtud de lo dicho, considero que puedo concluir lo siguiente;

(a) La propuesta de transformación de la educación general humanista, que hoy circula en el medio universitario<sup>2</sup>, no es teóricamente o, si se quiere, epistemológicamente sustentable.

(b) El neohumanismo, que esa propuesta pregona, no es propio de nuestros tiempos, ni se encuentra a la altura de las discusiones actuales sobre la relación entre ciencias empírico-analíticas y humanidades. Por el contrario, parece reproducir las posturas reduccionistas del neohumanismo del siglo XIX, en el cual el disfrute estético -como actitud complementaria de la acción instrumental- condenaba a las humanidades a constituir un saber meramente contemplativo.

(c) Aunque la propuesta parece favorecer la interdisciplinariedad, en realidad la imposibilita, en virtud de que perpetúa la inconmensurabilidad entre ciencias empírico-analíticas y humanidades, entre las que solo puede entonces establecerse un tráfico complementario de ideas, sin que con ello pueda descubrirse el terreno fundante de una racionalidad que escapa a los dictados de la razón instrumental.

---

<sup>2</sup> Consejo del Sistema de Educación General: Consideraciones en torno a la formación general humanística. Universidad de Costa Rica, mayo de 1995.